

**Cincuentenario**

# **Louis de Wohl**

## **La novela como reverso de la Historia**

**Luis Rivas Rivas**

Mientras las bombas estallaban, incesantes, no lejos de su escritorio en Londres (setiembre, 1940), Louis de Wohl decidió trazar un nuevo rumbo para sus novelas. Nacido en Berlín en 1903 (padre húngaro, madre austriaca), publicó allí más de treinta novelas de aventuras, dieciséis de ellas adaptadas al cine. Éxito pleno. Sin embargo, en 1935 decidió emigrar y adoptar la nacionalidad británica. Razones: la política totalitaria del nazismo le inspiraba profundo rechazo. “Para Hitler –escribió en sus Memorias Louis de Wohl– la justicia era lo que el hombre ario consideraba correcto. Y lo correcto para el ‘hombre ario’ era una mezcla de crueldad y locura”.

Establecido en Londres, el novelista quiso proseguir su labor literaria; pero comprendió que antes debía familiarizarse con la lengua y la mentalidad británicas. Y, considerando que la mentalidad de un pueblo se va formando con las lecturas desde la niñez, decidió seguir un proceso similar. En forma gradual, leyó libros para todas las edades, desde los cuentos de hadas hasta reconocidas obras de historia y literatura.

Después de cinco años creyó que ya podía comenzar a escribir. Y entonces estalló la guerra. Se ofreció como voluntario al ejército, la marina y el R.A.F. pero fue rechazado cortésmente. Era un extranjero. Sin embargo, algunos meses después era capitán de la Armada Británica con Departamento de Psicología para asuntos de guerra. ¿Cómo lo consiguió?

Louis de Wohl había aprovechado lo ocurrido con Karl Ernst Krafft en Alemania. El 2 de noviembre de 1939, el citado astrólogo suizo había informado al mando alemán que Hitler corría peligro entre los días 7 y 10 de ese mes. Efectivamente, el atentado de Múnich tuvo lugar el día 8. Cuando la Gestapo comprobó que Krafft nada sabía de la conjura, se empezó a dar crédito a sus predicciones y la guerra tuvo en Alemania un departamento astrológico.

Pronto dicho departamento tuvo su contrapartida por parte inglesa con Louis de Wohl, quien, con sutil humor, había publicado su autobiografía (1937) *I follow my Stars* (“Yo sigo a mis estrellas”). Estas credenciales le permitieron (septiembre de 1940) dirigir, en Londres, el Departamento de Investigación Psicológica, encargado de predicciones astrológicas para la guerra.

El debut del novelista como astrólogo coincidió con los tenaces bombardeos germanos sobre Londres. Y una noche, en medio de tal estruendo, el escritor reflexionaba: “Cuando tenemos que vivir cerca de la muerte día tras día, percibimos mejor que todo depende, no de bombas, ni de uno mismo, sino principalmente de Dios. Si no hemos hecho oración antes, empezamos a hacerlo. Y si ya hemos orado anteriormente, ahora lo hacemos mejor”. También se preguntaba: “Si muero esta noche –y tengo muchas posibilidades–, ¿qué podría mostrar de mi vida? Recordé la parábola de los talentos. ¿Qué he hecho con los talentos que Dios me ha dado?”

Sus exitosos libros no prestaban ningún servicio a la Humanidad y, por consiguiente, tampoco a Dios. Decidió, por eso, un cambio radical en sus novelas. Pero, ¿en qué sentido? “Había visto –nos dice– el terrible efecto de un ideal falso. Millones de alemanes, seducidos por Hitler, intentaron imitarlo, ser unos pequeños Hitlers. Así, muchos quieren guiarse por un modelo. Mas todo depende de qué modelos elegimos. ¿Qué modelos quiere Dios que sigamos? Cristo, por supuesto”. Pero, frente a un modelo perfecto y dadas nuestras imperfecciones, Wohl consideró que otros modelos podían ser los personajes históricos que, luchando contra sus defectos, lograron niveles heroicos de virtud y de servicio al prójimo.

Leyó biografías de santos y “comprobé –refiere– que la mayoría habían sido escritas para gente devota. No podía imaginarme leyéndolas a alguien que viviera en el límite externo de la fe, o un incrédulo, y ocurre que éstas son las personas que más necesitan un ejemplo luminoso”. Constató, asimismo, que en el milenario conflicto entre el bien y el mal, se habían dado los modelos más preclaros de valor y elevación moral. Y decidió que tales personajes eran idóneos para sus novelas.

Nacieron así sus célebres novelas históricas, algunas de las cuales han sido llevadas al cine. Una de estas novelas es *La lanza*, la historia del centurión romano que traspasó el costado de nuestro Señor Jesucristo en la cruz y quien, según la tradición, se llamó Casio Longinus y posteriormente se convirtió al Cristianismo. Esta novela y *El Mensajero del Rey* –diseñada como su segunda parte– re-crean hechos históricos del siglo I de nuestra Era, desde la prédica de Jesucristo hasta el martirio de San Pablo. Tiempos de Tiberio, Calígula, Claudio y Nerón. Con maestría, Louis de Wohl nos muestra la colisión de tres cosmovisiones antagónicas: cristianismo, judaísmo y paganismo. Por predicar un mensaje de amor y fraternidad, Jesucristo y su naciente Iglesia sufren la persecución homicida de sus acusadores saduceos y de la Roma pagana, donde los Césares accedían al poder mediante el puñal o el veneno.

Explorando la Historia, el novelista halló que muchos de los problemas e inquietudes actuales habían tenido sus equivalentes en etapas históricas anteriores. Por ejemplo, en la actualidad hay quienes afirman que el Cristianismo ha fracasado. “Eso era exactamente –dice Louis de Wohl– lo que pensaba el emperador Juliano el Apóstata, y fue San Atanasio quien le hizo ver que su rechazo de la fe cristiana era motivado por su soberbia y su ambición” (pues la reivindicación de los dioses paganos era sólo una estrategia para auparse al poder y mantenerlo). Y tal historia le inspiró a Wohl su novela *Venciste, Galileo*. Juliano fue el precursor de quienes hoy culpan al Cristianismo de todos los males que son producto precisamente de la falta de una auténtica vida cristiana.

Y a propósito de los conflictos con el Oriente, dice en sus Memorias el escritor: “Todos nos preocupamos del peligro proveniente del este. También el mundo occidental se preocupó cuando Atila, rey de los Hunos, irrumpió en Alemania, Francia e Italia, hasta que el Papa León I los detuvo a él y a su gran ejército, sin ayuda. De ahí escribí mi novela *El azote de Dios*”. Y a estos ejemplos se puede agregar el de *La luz apacible*, en la que, en contraste con la santidad de Tomás de Aquino y la rectitud de Piers, un valeroso caballero medieval, aparece uno de los personajes más sanguinarios de la Historia: el Emperador Federico II, precursor de los mayores genocidas del siglo XX.

Es sin duda excepcional el talento de Louis de Wohl para reconstruir el pasado con precisiones de lugar, costumbres, lenguaje, corrientes de pensamiento, tipos humanos característicos de cada época. La frecuencia de santos en sus novelas la explica Louis de Wohl afirmando que ellos son los personajes más fascinantes y valerosos de todos. Esto lo podemos apreciar en la fértil cosecha de diecisiete obras que escribió en menos de tres lustros, desde que finalizó la Segunda Guerra Mundial hasta casi vísperas de su muerte, que ocurrió en Lucerna, hace medio siglo (3 de junio de 1961).

Entre las novelas que publicó figuran, además de las citadas: *La luz apacible* (vida de santo Tomás de Aquino), *Ciudadelas de Dios* (novela sobre San Benito de Nursia), *Corazón inquieto* (vida de san Agustín), *David de Jerusalén*, *El árbol viviente* (vida de Santa Elena), *El asalto al Cielo* (historia de santa Catalina de Siena), *El hilo de oro* (vida y época de San Ignacio de Loyola), *El mendigo alegre* (historia de San Francisco de Asís), *El oriente en llamas* (biografía novelada de San Francisco Xavier), *El último cruzado* (vida de Don Juan de Austria), *Fundada sobre roca* (Historia de la Iglesia), *Juana de Arco, la chica soldado*.